

ESCRITORES ESPAÑOLES EN INDIAS ¿AMERICANOS O PENINSULARES?

*Por Margarita Peña**

En una parte del "Diálogo segundo" de la serie de tres que conforman *México 1554*, de Francisco Cervantes de Salazar, pronuncia Alfaro, uno de los interlocutores, en el colmo del éxtasis admirativo: "Todo México es ciudad... y toda es bella y famosa". La frase resume una de las posiciones cardinales de los que llegaron en el primer siglo de la conquista, al Nuevo Mundo: el pasmo, el asombro.

Entre los españoles que vinieron a hacer las Indias hubo hombres de pluma (que a un tiempo llevaban la espada al cinto siguiendo el modelo propuesto por Baltasar de Castiglione en *El cortesano*) quienes, dirigiendo sus pasos hacia la Nueva España permanecieron en ella algunos años (es el caso de Juan de la Cueva); pisaron suelo novohispano para morir al poco tiempo, como le sucedió a Gutierre de Cetina; o bien se afincaron definitivamente en esta tierra, y de ello son buen ejemplo Hernán González de Eslava y Francisco Cervantes de Salazar. Escritores por vocación o por circunstancias, reflejan en su obra el grado de adaptación al nuevo continente, su asimilación a un paisaje, a un léxico; su crítica a usos y costumbres vigentes y, en algún caso (los menos) su total indiferencia al "modo de ser" americano. La gama de reacciones va así del asombro entusiasta, en Cervantes de Salazar, a lo que podemos suponer fue una actitud refractaria que explica la ausencia de América en el contexto de una obra determinada, (Gutierre de Cetina); de la referencia mesurada a bailes y platos indígenas en alguna epístola (Juan de la Cueva) al engolosamiento con los nahuatlismos, los malos y buenos hábitos, los vicios (Hernán González de Eslava, Mateo Rosas de Oquendo) aunque no sea más que para enderezar la crítica, marcar diferencias y establecer superioridades incuestionables. Ello nos revela, en términos generales, lo que podríamos considerar la americanidad o su contrario, la conservación recalcitrante de una actitud peninsular en el escritor español que viene a Indias, durante el siglo XVI y los inicios del XVII. Me aboco, en este trabajo, a la revisión de dos escrituras significativas en este aspecto. La de Francisco Cervantes de Salazar y la de Mateo Rosas de Oquendo.

Si alguna deslumbrante e hiperbólica crónica se ha escrito referente a la ciudad de México, son sin duda los diálogos latinos, y luego vertidos al castellano, de Francisco Cervantes de Salazar, en los que la urbe vive en el retrato que el autor hace de ella, de sus instituciones y de sus alrededores. El primer diálogo da constancia de la vocación universitaria de

Cervantes de Salazar. El diálogo tercero, prolongación itinerante del segundo, conduce al humanista y a los amigos que lo acompañan hasta Chapultepec, lugar de recreación y sosiego extramuros, especie de *locus amenus* en esa primera mitad del siglo XVI. Y es propiamente en el diálogo segundo, en donde el autor se demora deleitándose, y deleitándonos a cuatro siglos de distancia, en la contemplación de esa ciudad naciente y ya prodigiosa que es México, de esa pequeña ciudad, íntima, y todavía en algunas partes, secreta, en la que empezaba a florecer una humanidad diversa. Las razas se tocan, se combinan, se trenzan: españoles, indios, criollos y mestizos. Los oficios se multiplican: hay artesanos y menestrales, entre los que encontramos carpinteros, tejedores, panaderos, borceguineros, armeros, torneros. El lenguaje se enriquece y centellea con la inclusión de indigenismos.

Francisco Cervantes de Salazar llegó a tierra novohispana frizando en la cuarentena. Había visto mundo, había alternado con personas prominentes, era hombre hecho y derecho, con un punto de referencia único: Europa, y más concretamente, España. Así, como sucede con la mayor parte de los españoles en Indias, al azoro inicial ante un mundo nuevo que se le convierte al recién llegado en enmarañada selva de gentes y cosas, Cervantes de Salazar opone el punto de referencia, reconfortante y seguro, de lo propio, de lo archiconocido y sabido, sea a través de la experiencia directa, o de la información de trasmano. La comparación va a ser pues, un recurso no sólo retórico o estilístico, sino un artificio moral, medular en el desarrollo del diálogo. Como en Bernal Díaz del Castillo, como en Mateo Rosas de Oquendo, casi medio siglo después.

Por lo demás, la conciencia del Nuevo Mundo no se va a dar, en éste y en otros escritores españoles, en una primera instancia. "Todas son cosas tan peregrinas como sus nombres, y así es natural que suceda, pues son producidas de un nuevo mundo...", pronuncia Alfaro al ser instruido por Zamora en lo relativo a los vestidos indígenas. La afirmación de Alfaro, casi al término del diálogo, resume el pasmo y la extrañeza, la admiración y el asombro en una fórmula que define la actitud mental del forastero y que tiene que ver con la conciencia recién adquirida del mundo nuevo. Algo que a los europeos les es difícil de asumir desde su tierra: España, o Italia, o Portugal. Pasará mucho tiempo para que Europa conciba las regiones recién descubiertas como diferentes o ajenas de las ya sabidas Catay o India. Así, a lo largo del diálogo segundo corren dos vertientes paralelas, representadas por lo europeo (más amplio que lo exclusivamente español), y lo indígena. Lo primero es más bien un criterio, un tópico; lo segundo, una pervivencia, una presencia. Tópicas son las

* Doctora en Filosofía, periodista, profesora de Literatura del Siglo XVII en la UNAM.

alusiones a Vitrubio, al poeta Marcial, a la antigüedad clásica. Los criterios importados de la península están a la mano en la arquitectura de los templos cristianos, en el diseño de las casas fortificadas, en la traza misma de la ciudad. Lo indígena está —y ni Cervantes de Salazar, ni González de Esclava podrán negarlo— en el diseño de una ciudad lacustre; en los tianguis indispensables y pobladísimos; en la lengua indígena, que cerca y aprisiona al forastero. Importación contra pervivencia. Por lo demás, la riqueza de un léxico indígena, en el que se refugia toda una cultura preexistente, se impone al recién llegado, y lo domina. Porque, ¿cómo acceder a ese mundo hermético de la herbolaria indígena si no es en sus propios términos? La lengua deviene una especie de germanía característica de un grupo marginado y el dominador tendrá que aprenderla, aunque sólo sea parcialmente, si pretende vivir, y prosperar, en esta nueva tierra. El diálogo enfrenta, y al hacerlo matiza actitudes, dos tipos, dos comportamientos que definirán a los futuros habitantes de la Nueva España: el recién llegado —Alfaro— que ve pero que no entiende, que desde su llegada pretende detentar canonjías (sería el mismo Cervantes de Salazar en un primer momento), frente al poblador —Zamora y Zuazo— que va conociendo y amando lentamente a este nuevo mundo, que se sentirá herido por las pretensiones del forastero (aun cuando, como él, sea también español), despojado de sus muy bien ganados privilegios por el recién llegado; en quien anidará el resentimiento, el que prohijará criollos que un día serán insurgentes. En el diálogo, el segundo triunfa sobre el primero. La extranjería de Alfaro pierde ante la “novohispanidad” de sus anfitriones, Zuazo y Zamora. Es evidente que el diálogo adquiere sinceridad en la aceptación de esta tierra por dos de sus personajes. Una visión de la ciudad como de tarjeta postal se convierte en experiencia ontológica al aceptar los interlocutores, de modo absoluto, las pervivencias indígenas. El “nuevo mundo” acaba por imponerse, con sus singularidades y sus diferencias.

Una literatura predominantemente urbana

Y sin embargo, la dualidad gobierna a los individuos, en la medida en que gobierna a la ciudad misma. La fusión que preside todo mestizaje no se ha dado aún y si acaso, puede hablarse de un sincretismo, de una superposición, de un vivir en forma paralela. Al borde de las acequias indígenas, los caserones de los conquistadores. Ellos montan a caballo; los indios navegan en canoas. Los indios viven fuera de la traza, los españoles adentro. Hospitales diferentes para unos y para otros. Los indígenas curan sus males con hierbas prodigiosas. Los españoles sudan calenturas en el Hospital de Jesús. Y así por el estilo, hasta el cansancio... Francisco Cervantes de Salazar no podrá negarse a sí mismo como un producto dual. Peninsular por el pasado, la cultura, los puntos de referencia. Americano porque Nueva España se lo ha ganado, y ello se traduce en el encomio, en la hipérbole, en el pasmo con expresión positiva. Otra cosa será Mateo Rosas de Oquendo, a quien la sorpresa se le vuelve desconfianza y la admiración se le carboniza entre los dedos como resultado de sus renconcomios interiores. Pero vayamos a él. Poeta y pícaro, o poeta apicarado, para decirlo más justamente, Mateo Rosas de Oquendo, sevillano avecindado en la ciudad de Lima, comienza en el año de 1598 la compilación de un “Cartapacio poético” (así bautizado por un bibliógrafo que de él se ocupó, el conde de Guimerá) con la redacción de una

amplia sátira que abre el manuscrito y que lleva por título “A las cosas que pasan en el Pirú, año de 1598”. No me detengo ahora en la descripción física del manuscrito, ni en el establecimiento tentativo de un itinerario del poeta en América, que iría de 1575, año en que posiblemente desembarca en el puerto de Nombre de Dios, a 1612, última fecha consignada en el “Cartapacio”, dentro de la relación que el poeta hace del motín de los negros de la Nueva España.

Valga señalar, tan sólo, que el “Cartapacio” se configura como el gran espejo autobiográfico de Rosas de Oquendo en el que se reflejan las vicisitudes de una cotidianidad vivida, de modo sucesivo, en Tucumán, Lima y México y de la que no están ausentes la residencia breve en sitios como Canchanga, Camiquín, y el tránsito ocasional por localidades del primitivo Panamá. Amén de respectivas estancias en



Barcelona y Génova, antes de embarcarse para Indias (hacia los dieciocho o veinte años de edad) y de las cuales queda constancia, como en un poeta andariego es de suponer, en largas tiradas de versos que tienen forma ya de sátira, ya de romance.

Espejo itinerante que duplica la imagen de caminos múltiples, la escritura de Oquendo (poesía básicamente, ocasionalmente prosa) se define como una literatura predominantemente urbana, aunque no se encuentren ausentes las referencias al campo, a la montaña o a la travesía marítima. El retrato de Lima, naciente metrópoli peruana, alterna con el relato del viaje a Génova, contenido en un romance; la “Sátira que hizo un galán a una dama criolla que le alababa mucho a México”, encuentra su contrapartida en el “Romance en alabanza de la provincia de Yucatán...”, o en el “Romance que envió un amigo a otro de Guadiana a México”. Corte y aldea se enfrentan en un mano a mano que prolonga, en estas tierras, la polémica tradicional, y que nos recuerda aquellas epístolas que en torno al menosprecio de corte y alabanza de aldea se cruzaron, a mediados del XVI, entre un Baltasar del Alcázar y un Gutierre de Cetina. Oquendo no pretende polemizar y sin embargo la pugna está ahí; en las sátiras farragosas, en los romances, en algún soneto. Y la aldea, claro, lleva las de ganar en el plano ideal, tal como era de esperar en un peregrino decepcionado de las falacias citadinas, en un aventurero sin techo ni cobijo venido a poeta satírico; en un marginado subido a moralista de vena quevediana.

Pero es el paisaje urbano el que sin duda ejerce sobre

Oquendo una fascinación a la que él no se resiste. Un paisaje diseñado a la medida de la psicología del pícaro que medra en las plazas y en los tugurios, en los mercados y en las “habitaciones oscuras”; que confiesa que con “pícaras fregonas” habla en “picaño lenguaje”. Y de la ciudad, son sus habitantes los que alternativamente seducen y escandalizan —más aun si se trata de mujeres— al azorado poeta, que se desborda reseñando vicios, malos hábitos, conductas perniciosas, oficios, beneficios y maleficios de hombres y mujeres que bullen, y danzan en torno a él “la zarabanda y balona/ la churunba y el taparque,/ la chacona y el totarque,/ y otros sones semejantes”. Si en lo ideal la provincia merece alabanza y ensalzamiento, en la realidad de esos días que se compasan al son del güiro y de la vigüela, es la ciudad la que triunfa con su hedor putrefacto, su carga de maldad, su escenografía de fingimientos y mentiras. Lima, la horrible, como le llamará Salazar Bondy, tiembla cuando escucha proferir al poeta:

“Nueve años he callado,
tiempo será de que hable,
aunque el callar estas cosas
es el oro que mas vale”

Y no siendo, precisamente, la discreción virtud cardinal en este poeta verborreico, lo escucharemos en una parte de la “Sátira... a las cosas que pasan en el Pirú...”:

“Que de guitarrillas oigo! /que de corrillos y bailes! / que de balcones se rompen! / que de ventanas se abren! / que de pícaros son condes! / que de condes ganapanes! / que de niños que se mueren! / y que de viejos que nacen! / que de espadas del perrillo / perdidas por pabonarse, / que aunque más lo disimulen / no pueden acreditarse, / que el cuarto que se blanquea / a fe que quiere alquilarse.”

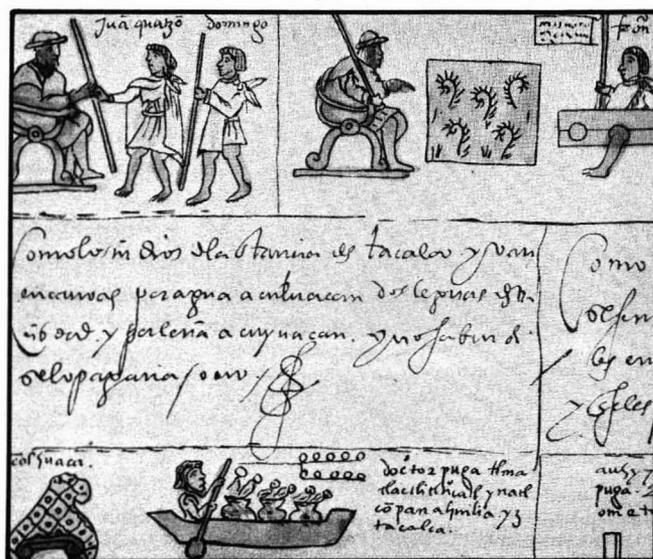
Perú y México en los versos de Rosas de Oquendo

Oquendo, sin embargo, no ha dicho más que las primeras de un sinfín de palabras. De toda la parafernalia citadina, aquella que toca a las mujeres le produce un especial deleite. Así, se demora enunciando los oficios que desempeñan las que han sido abandonadas por los maridos, y despliega ante nosotros la gama de labores a las que en el siglo XVI estaba destinada la mujer de clase baja en una sociedad urbana naciente. Según Oquendo, las limeñas necesitadas: “luego buscan mil oficios/ para poder sustentarse;/ unas hilan plata y oro,/ otras hay que adoban guantes,/ otras viven de costura,/ otras de puntas y encajes,/.../ Otras hay que hacen pastillas,/ pavetillos y ziriales,/ otras ensalman criaturas/ otras curan mal de madre,/ otras hay que toman puntos,/ otras labran solimanes,/ otras hay que hacen turrón/ para vender por las calles;/ otras hay que hacen vainillas,/ otras respuntes e hilvanes,/ otras hacen cadeneta,/ puntos llanos y reales; / otras tienen amasijos/ hacen molletes y oxaldres,/ otras hay que hacen rosquillas,/ conservas y mazapanes;/ otras componen copetes, otras hacen almirantes,/ otras hacen arandelas/ de pita, plata y alambre;/ otras hacen clavellinas, espigas de oro y plumaxes;/ otras hacen gargantillas, arillexos y pinxantes;/ otras hay que hacen lexías,/ otras mil aguas suaves,/ otras chicha de maíz,/ otras que venden tamales;/ otras polvos para dientes,/ otras que ponen lunares,/ otras que zurcen costuras/ descosidas por mil partes. Poder de Dios! que de embustes,/ que de burlas

y maldades! / pues todos estos oficios/ no les importa dos reales,/ sino que son antepuertas/ para encubrir sus fealdades.”

Pese a la conclusión inevitablemente moralista y misógina, se capta en los versos la familiaridad de Oquendo con ese bando de mujeres desprotegidas y semidescarradas que, en conjunto, constituyen el gran mosaico de las trabajadoras pobres —bordadoras, zurcidoras, costureras, pasteleras, reposteras, tamaleras, aguadoras— típicas de nuestras sociedades coloniales, cuyas manos se encontraban detrás de los primores con que se engalanaban las señoras y las cortesanas del tipo de la Perricholi, y detrás de las mesas que, todavía en el siglo XIX, ya en el México independiente, sorprendían a la marquesa Calderón de la Barca.

El retrato de un mundo efervescente, el de la Lima de fines



del XVI, incluye al indio, al negro y al mulato; al noble, al hombre de calidad, al hidalgo, al galán y al discreto; al mercader, al chacarero, al tesorero, al juez, al músico, al médico, al barbero, al zapatero y al sastre; al capellán y al poeta, al valiente, al bravo, a la doncella remilgosa y a la alcahueta. Las colaciones abundan en aves, vino traído desde Castilla, pan y carne; pobres y ricos comen queso. El juego es tan popular que algunas bellas llevan un naípe por divisa o por peineta y el fuego de Birján es superado solamente por el fuego de Cupido. El atuendo de las mujeres (que de acuerdo con los cronistas de la época podía costar hasta cuarenta mil pesos) encontraba su equivalente en el de los hombres. Explícita es, en este sentido, la descripción de un caballero limeño que le pasa por enfrente a Oquendo, y ante el cual a éste no le queda más que descubrirse, con reverencia: “Xubón negro, calza y cuera/ y una camisa de encaxe,/ y bordada de abalorio/ la pretina y talabarte:/ bohemio de razo negro,/ sembrado de unos cristales/ que entre el fingir de su dueño/ se me finxieron diamantes./ El adrezo de la gorra/ con unas perlas muy grandes/ que enlazaban la tuquilla/ con sus costosos engastes./ Un águila en la roseta/ las uñas llenas de sangre,/ una esmeralda en el pecho/ y en las alas dos esmaltes./ Espada y daga dorada,/ con sus molduras y entallas/ donde se mostraba un cielo/ sobre los hombros de Atlante;/ quatro negros de librea/ mas que su señor galanes,/ con vestidos amarillos/ y sombreros con plumaxes.” Unos versos más adelante, Oquendo se encontrará de sopetón con quien ayer creyó que era un caballero, y que ahora va en cueros,

vistiendo únicamente "un calson lleno de mugre", un sayo remendado, los brazos tiznados, y "el cuello como tortuga/desnudo y tendido al aire." Es la otra cara de la moneda; el miserable que, en la hipérbole oquendiana, juega a ser hidalgo. Un personaje frecuente dentro de la picaresca, y al que se podía encontrar en las ciudades de cierta importancia, tanto de España como de sus colonias. Ilusionismo puro, en el texto y en la realidad amarga de la urbe americana, recién nacida y ya enferma de farsa, de impostura.

La presencia entrañable, aún en sus vicios, del Perú, se detecta en los poemas que Oquendo escribió antes de abandonarlo para ir a correr fortuna a la vecina Nueva España; alusiones directas o indirectas se perciben en el "Romance hecho por un estudiante", en la "Respuesta", al romance anterior, y en la "Carta de las damas de Lima a las de México", así como en la "Conversión de Mateo Rosas de Oquendo". Las diatribas que el poeta endereza contra el reino que fue su hogar durante nueve años no llegan a ocultar por completo el afecto que en Oquendo nació hacia esa tierra, pese a la crítica acerba que contra ella ejerce y de la cual se arrepiente cuando en su "Conversión" exclama: "O mi Pirú mal pagado,/ perdoname, ilustre reino,/ que habiendo sido mi abrigo/ vine yo a pegarte fuego." Del mismo modo, "pegaré fuego" a México mientras more ahí, para luego comenzar a añorarlo cuando, por causas que no aclara, —posiblemente un enredado lío de faldas— se despide de la Nueva España en el "Romance a una despedida de México". El romance es escrito desde "Acasingo", camino de San Juan de Ulúa, en donde espera encontrar a la flota de España. El dato es de enorme valor para redondear el itinerario vital de Oquendo quien, de ser cierto lo que asienta en el romance, debió haber regresado a la Península, llevándose consigo el "Cartapacio". Lo que habría que determinar es la fecha, que tuvo que ser posterior a 1612, año en el que, como ya se dijo, reseña el frustrado motín de los negros que conmovió a los habitantes de la capital de la Nueva España, a unos cuantos meses, apenas, de los sucesos que culminaron con la muerte del arzobispo- virrey fray García Guerra. Pero volvamos a Oquendo. La "Sátira que hizo un galán a una dama criolla que le alababa mucho a México" es una larga composición en la que el poeta pone a "Mexiquillo", como despectivamente le llama, "de tisne y podre", o como diríamos ahora, "de oro y azul". Junto con el "Romance en lengua de indio mexicano", en esta composición México aparece con una enorme fuerza, que se proyecta a través de los abundantes nahuatlismos, lo que recuerda a Hernán González de Eslava en algunos coloquios; a Juan de la Cueva en su "Epístola al licenciado Sánchez de Obregón", y de las constantes referencias a modos de vida, usos y costumbres. El tono pesimista, usual en Oquendo, adquiere un matiz peyorativo que acaba por dominar el de escepticismo moral que, en última instancia, dotaba de cierta grandeza las andanadas del poeta contra la ciudad de Lima. En la ciudad de México todo es pobre, triste y deleznable; un verdadero engaño para los que cruzaron, ilusionados, la mar océano. Así, se pregunta Oquendo: "¿Hallaron en este reino/ Cortés ni sus españoles/ si no bárbaros vestidos/ de plumas y caracoles?/ Caballos no los había,/ carneros, vacas, lechones,/ ni aceite ni pan ni vino,/ solo mameyes y alotes/. En el polo opuesto de la exaltación y la alabanza, como la que solía practicar Cervantes de Salazar, Oquendo enumera, con un propósito claramente crítico y desmitificador, lo que ha encontrado en

México. Nos ubicamos en el terreno de la antihipérbole: "Lo bueno que yo he hallado/ son tascales y frisoles,/ mecasuchil golosinas,/ nopal y chilacayote./ Por vino beben pisiete,/ bríndanse con sigarrones,/ las narices son volcanes/ y las bocas son fogones./ Por la salsa tienen chile,/ por velas queman ocote,/ las damas mascan copal/ y es su fruta el esapote./ Una tuna los trae locos,/ y adoran en los zapotes,/ de mañana atole almuerzan/ y atole cenan de noche./ En mas de trescientas leguas/ no vi mesa, ni se pone,/ ni vi muertos por ahitos, que no ahitan totopostres./.../ Hagamos lugar, que viene/ el reverendo posole/ que a las mestizas ensancha/ y a las damas vuelve en odres./.../ Aquí de Dios y del Rey!/ que venga de España un hombre/ a valer más a las Indias/ y esté vendiendo camotes!/ Ved Nueva España quien es, pues por ganar dos tostones/ se humilla un triste español/ a vender tocino y coles./" El resentimiento de quien, al menos por lo que toca a la letra, será siempre un inadecuado, estalla en un momento de la sátira, y le hace clamar: "España abundante y rica,/ fuerte patria de leones,/ tesoro de la nobleza,/ de césares y de cónsules;/.../ Castiga a este reino loco/ que con tres chiquisapotes/ quiere competir contigo/ y usurparte tus blasones." Finalmente, la desesperación, y la irritación consiguiente, llevarán al poeta a refugiarse en el pasado inmediato, en un intento de huida que, hasta donde sabemos, sólo se realizó al nivel de la fantasía. El deseo de evasión se expresa en los últimos versos del poema: "Yo soy peixe de más agua,/ y al Pirú me voy adonde/ dicen que hay mas oro y plata/ que aca chinchas ni ratones./ Y avísale que de hoy mas/ no me incite ni alborote, que si le doy coplas oy/ mañana le daré azotes." Es de suponer que la dama criolla, destinataria de la sátira, y de la amenaza final, debió haber guardado silencio por toda la eternidad.

Por lo que toca a las composiciones relativas a la provincia mexicana, y a las cuales me he referido, resulta evidente que se trata de poesía de circunstancias y por tanto, superficial y poco sincera. El verdadero sentir de Oquendo respecto a México, su americanidad o su peninsularidad; el retrato del México que le tocó vivir está en sus sátiras, en algún soneto, en los romances. Una pintura frecuentemente en negros, cáustica e implacable, que se resarce apenas de la oscuridad mediante el humorismo que al poeta se le desliza de modo involuntario; mediante la risa ocasional. Es claro que en Mateo Rosas de Oquendo no se da una americanidad asumida; que las Indias se le imponen como presencia que lo avasalla pero que no lo conquista. Perú más amado que México, pero nunca, en definitiva, aceptado totalmente. Rosas de Oquendo siempre, a lo largo de los veinte años que habita estas tierras, un peninsular añorante que suspira por las calles de Sevilla y las famas de la corte española, un pasajero en tránsito hacia un reino mejor, que quizás tampoco pudo haber sido la propia España, a la que abandonó, para tentar fortuna en Indias, "en el verdor" de sus años. Mateo Rosas de Oquendo: un poeta, un pícaro, un iluso, un desengañado, a su modo, un utopista...

Españoles por nacimiento y por convicción, tanto Cervantes de Salazar como Rosas de Oquendo serán ganados por el nuevo continente al cual darán en su escritura, una expresión de signo ya positivo, ya negativo. Contemplados a casi cuatro siglos de distancia no se definen ni como americanos ni como peninsulares. Más bien, y esto quizás a su pesar, como escritores encabalgados entre dos mundos. ♦